
«Hacia adelante, hacia lo alto»¹

La fuerza de la esperanza en los escritos de Lucio Gera

MARK JOSEPH ZAMMIT *

Universidad de Malta

mark.j.zammit@um.edu.mt

Recibido 27.07.2025/ Aprobado 14.09.2025

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0065-0359>

DOI: <https://doi.org/10.46553/teo.2026.7068>

RESUMEN

Este artículo explora la teología de la esperanza en el pensamiento de Lucio Gera en el marco de la teología latinoamericana. La esperanza se presenta no como una mera expectativa escatológica, sino como una fuerza histórica, comunitaria y pastoral arraigada en la fe del pueblo. A partir de las reflexiones de Gera sobre la pobreza, la cultura, la eclesiología, la religiosidad popular y la liberación, el estudio muestra cómo la esperanza surge del sufrimiento histórico concreto e inspira un compromiso transformador con la justicia y la dignidad humana. El artículo analiza la comprensión de la esperanza como virtud social y política, así como sus dimensiones eclesiales y culturales, subrayando el papel de la fe, la comunidad y la espiritualidad popular en su dinamismo. Finalmente, se examina la integración entre compromiso histórico y apertura escatológica, proponiendo la esperanza como una virtud teológica dinámica que articula historia y trascendencia.

Palabras clave: Lucio Gera; Teología de la Esperanza; Teología latinoamericana; Teología del Pueblo, Religiosidad popular; Eclesiología

¹ Lucio Gera, «Dimensión Escatológica y Unión con los Santos en la vida de Teresa de Lisieux», en V.R. Azcuy, J.C. Caamaño, C.M. Galli, ed., *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera II. De la Conferencia de Puebla a nuestros días (1982 2007)* (Buenos Aires: Ágape, 2007), 589.

* El autor de esta contribución es profesor titular y Director del Departamento de Teología Fundamental y Dogmática de la Universidad de Malta. Su libro más reciente, *Lucio Gera y la Teología del Pueblo: En las Raíces del Papa Francisco*, recibió el Premio al Mejor Libro Teológico Europeo 2025 otorgado por la Sociedad Europea de Teología Católica.

«Forward, Upwards»

The Power of Hope in the Writings of Lucio Gera

ABSTRACT

This article explores the theology of hope in the thought of Lucio Gera within the framework of Latin American theology. Hope is presented not as a purely eschatological expectation but as a historical, communal, and pastoral force rooted in the lived faith of the people. Drawing on Gera's reflections on poverty, culture, ecclesiology, popular religiosity, and liberation, the study shows how hope emerges from concrete historical suffering and inspires transformative commitment to justice and dignity. The article examines Gera's understanding of hope as a social and political virtue, as well as its ecclesial and cultural dimensions, highlighting the role of faith, community, and popular spirituality in sustaining hope. Finally, it analyses Gera's integration of historical commitment and eschatological openness, proposing hope as a dynamic theological virtue that bridges history and transcendence and calls believers to active participation in God's liberating project.

Keywords: Lucio Gera; Theology of Hope; Latin American Theology; Theology of the People; Popular Religiosity; Ecclesiology

La teología latinoamericana nace del discernimiento creyente ante realidades de opresión, y se caracteriza por la reflexión, el compromiso y la esperanza. En este horizonte, Lucio Gera, teólogo argentino del pueblo, ofrece una aportación significativa al pensar la esperanza desde una clave pastoral, comunitaria y situada históricamente. Su enfoque no se limita a una visión escatológica desligada del presente, sino que reconoce la esperanza como fuerza activa en la historia, sostenida por la fe del pueblo y enraizada en su cultura. En este artículo, exploramos algunos ejes fundamentales del pensamiento de Gera donde la esperanza se manifiesta explícita o implícitamente, y luego examinamos brevemente dos de sus escritos dedicados de manera directa a esta virtud teologal.

1. La esperanza como virtud histórica y social

Desde su infancia, Gera vivió la esperanza como una experiencia concreta marcada por las circunstancias sociales e históricas. En 1929, su familia emigró a Argentina debido a la grave crisis económica global. Esta vivencia de desarraigo y reconstrucción dejó en

él una profunda sensibilidad hacia el sufrimiento humano y la necesidad de la solidaridad, alimentando así una esperanza encarnada en la vida cotidiana.² En esta primera parte, observamos cómo Gera concibe el sentido de la esperanza desde una perspectiva histórica y en el contexto de la realidad social de la pobreza.

Gera desarrolla una teología de la esperanza que parte de la realidad histórica del pueblo. Para él, la esperanza no es evasión ni mera espera escatológica, sino una virtud que brota del dolor colectivo, de la fe popular y de la lucha por la justicia. Inspirado por la teología de la liberación, Gera entiende la esperanza como fuerza movilizadora que interpela a los creyentes a comprometerse activamente con la transformación de estructuras opresoras. En su pensamiento, la esperanza adquiere una dimensión política y social, enraizada en el anhelo de dignidad, libertad y comunión. Así, se convierte en una virtud histórica, vivida en comunidad, capaz de sostener la resistencia de los pobres y de anunciar la presencia salvadora de Dios en medio de la historia.

Lucio Gera profundiza en la realidad de la pobreza no solo como carencia material, sino como una condición existencial marcada por el sufrimiento, la exclusión y la pérdida de la esperanza.³ En su reflexión, el pobre no es simplemente alguien que carece de bienes, sino una persona herida por la soledad, por la imposibilidad de compartir su vida y proyectarse hacia un futuro digno. El llanto del pobre es expresión de sus límites y del dolor de sentirse abandonado en un mundo que no le ofrece pertenencia ni esperanza.⁴ Vivir en pobreza es, para Gera, existir en un contexto donde se niega la posibilidad misma de construir relaciones significativas y de soñar con algo mejor.

2 Cf. Mark Joseph Zammit, *Lucio Gera y la Teología del Pueblo. En las Raíces del Papa Francisco* (Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 2023), 30 citando a Lucio Gera, «San Miguel: una promesa escondida». Reportaje por Oscar Campana, *Voces* 17 (1990): 16.

3 Cf. Lucio Gera, «Hay lágrimas en las cosas», en V.R. Azcuy, C.M. Galli, M. González, ed., *Escritos Teológico-Pastorales de Lucio Gera I. Del Pre concilio a la Conferencia de Puebla (1956-1981)* (Buenos Aires: Ágape, 2006), 114.

4 Cf. Zammit, *Lucio Gera y la Teología del Pueblo*, 286.

La esperanza se deteriora cuando se pierde el sentido de comunidad y de acogida. El ser humano está hecho para vivir en relación, para construir su identidad en comunión con otros, y cuando eso se rompe, lo que queda es la desesperanza. El pobre, privado de condiciones mínimas de bienestar, no puede desarrollar su vida plenamente. Frente a esta desolación, su única opción es resistir, sobrevivir y clamar por sentido.

Para Gera, la esperanza se recupera a través de dos realidades profundamente humanas: la casa y la ciudad. La casa representa más que un refugio físico; es el espacio de acogida, de cuidado y de vínculos afectivos. En palabras de Gera, «la casa es amiga»⁵, porque ofrece protección y también amor, pertenencia y reconocimiento. En ella, la mesa familiar se convierte en un altar cotidiano donde cada miembro es valorado por su dignidad, y donde el amor genera posibilidades de crecimiento, de sueño y de futuro.

De manera semejante, la ciudad encarna el espacio social en el que las personas pueden crear lazos, participar activamente y construir comunidad.⁶ La ciudad justa no excluye, sino que integra, da lugar a la diversidad y permite que cada persona encuentre un lugar desde el cual contribuir al bien común.

La pobreza, entonces, se manifiesta como la negación de estas dos dimensiones fundamentales: el hogar que acoge y la ciudad que integra. Es la experiencia de no tener dónde ser amado ni dónde ser ciudadano. En esta deshumanización, la esperanza parece morir. Sin embargo, para Gera, es precisamente en este límite donde puede surgir un nuevo clamor, una esperanza radical nacida desde lo más hondo del sufrimiento humano, sostenida por la fe en un Dios que sigue llamando a la comunión y a la vida.

En su reflexión titulada «Sobre el misterio del pobre», Gera aborda la cuestión de la identidad personal como una dimensión

⁵ Lucio Gera, «Sobre el misterio del pobre», en Azcuy, Galli, González, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera I*, 129.

⁶ Cf. *Ibid.*, 130.

vinculada al poder, que puede actuar como una herramienta tanto de limitación como de esperanza para el ser humano.⁷ Particularmente en el caso del pobre, quien carece de bienes materiales que le otorguen influencia o estatus en el mundo, el «yo» se convierte en un elemento crucial. Aunque desprovisto de posesiones externas, el pobre aún conserva su identidad más íntima, que se revela como una fuente de dignidad y potencial transformador. Según Gera, este reconocimiento interior permite al ser humano afirmar su valor intrínseco, previo a cualquier adición externa.⁸ Es precisamente en esta afirmación del “yo” donde se encuentra la semilla de nuevas oportunidades y de una vida renovada, ya que la persona se origina desde sí misma y no desde lo que posee.

Gera también examina el papel de la riqueza desde una perspectiva crítica, definiéndola como la acumulación excesiva de bienes. Frente a esta condición, propone la liberalidad —una disposición generosa hacia el desapego— como un componente esencial de la pobreza evangélica.⁹ Esta virtud permite al individuo asignar a cada bien su verdadero significado, entendiendo que los bienes materiales no tienen un valor absoluto, sino que deben servir como instrumentos al servicio de metas superiores. El dinero, entonces, no representa un fin en sí mismo, sino un recurso para alcanzar propósitos que lo trascienden: su valor radica exclusivamente en su utilidad en función de bienes de otro orden.¹⁰

Además, Gera subraya que la condición de pobreza, lejos de ser una carencia pura, abre al ser humano a la relación con lo trascendente. La incapacidad del pobre de sostenerse por sí mismo lo conduce a una actitud de apertura hacia Dios.¹¹ Esta vulnerabilidad radical se convierte, paradójicamente, en un espacio propicio para la esperanza. Por otro lado, quienes poseen bienes materiales tam-

7 Cf. *Ibid.*, 138.

8 *Ibid.*, 138.

9 Cf. *Ibid.*, 159.

10 Cf. *Ibid.*, 160.

11 Cf. Gera, «Hay lágrimas en las cosas», 117.

bién experimentan una insatisfacción interior, ya que la riqueza no colma la totalidad del deseo humano. Es este anhelo persistente de plenitud lo que puede motivar tanto al rico como al pobre a iniciar una búsqueda profunda que los lleve al encuentro con Dios, fundamento último del sentido y de la realización humana.

Gera sostiene que la esperanza en un futuro mejor no recae exclusivamente en la voluntad divina, sino también en el compromiso activo de cada persona dentro de la comunidad: «habrá futuro hasta que Dios quiera darnos futuro; pero mientras nos lo dé, tenemos que responsabilizarnos de él».¹² En este contexto, el trabajo se convierte en una manifestación concreta de esperanza y responsabilidad. Para Gera, el trabajo no solo responde a necesidades económicas, sino que se presenta como una oportunidad de ejercer la libertad personal, de elegir y de vivir desde la propia autodeterminación. Es un acto creativo que permite a la persona desarrollarse, afirmarse y aportar dignamente al bienestar colectivo. El trabajo no solo transforma el entorno, sino que también transforma a quien lo realiza. En este sentido, el trabajo dignifica, genera vida y cohesiona a la sociedad al fomentar vínculos de solidaridad entre las personas. Se convierte en un medio de autorrealización individual y en un canal para cultivar valores humanos fundamentales.

Por otro lado, Gera relaciona estrechamente la fe con la historia del pueblo. Inspirado por el Documento de Puebla, considera que la vivencia de la fe otorga al pueblo la capacidad de ser protagonista de su propio destino.¹³ Esta fe activa impulsa una transformación histórica orientada hacia el Reino de Dios, superando los intereses meramente particulares. Insertar la fe en los procesos históricos significa responder a los desafíos sociales desde una perspectiva humanizadora.¹⁴ Así, la esperanza auténtica nace de una

¹² Lucio Gera citado en Virginia R. Azcuy, «Una biografía teológica de Lucio Gera», en Azcuy, Galli, González, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera I*, 48.

¹³ Cf. Lucio Gera, «La Providencia como categoría necesaria para la comprensión del binomio Fe-Historia», en Azcuy, Caamaño, Galli, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera II*, 196.

¹⁴ Cf. *Ibid.*, 197.

mirada que reconoce el pasado, se compromete con el presente y se proyecta hacia el futuro con fe activa y responsabilidad colectiva. Este dinamismo es el que abre camino hacia una verdadera liberación histórica y una vida más digna para todos.¹⁵

2. Eclesialidad y religiosidad popular: raíces de una esperanza

Nuestro teólogo argentino desarrolló una profunda reflexión sobre la esperanza desde una doble vertiente: la eclesiología y la religiosidad popular que caracteriza el contexto latinoamericano. Su aporte se consolidó durante y después del Concilio Vaticano II, especialmente a través de comentarios teológicos a documentos magisteriales, entre ellos el texto *Ecclesiam suam* de Pablo VI. En su análisis de dicho documento, Gera examina la autoconciencia de la Iglesia, entendida como un espacio teológico privilegiado desde el cual puede vislumbrarse el horizonte de esperanza para la comunidad eclesial, tanto en el presente como en el porvenir.

Este ejercicio de introspección eclesial se convierte, para Gera, en una fuente genuina de esperanza. A través de la reflexión sobre su propia identidad, la Iglesia está llamada a renovarse y a contemplar no solo lo que es, sino lo que está llamada a ser.¹⁶ En palabras del teólogo, esto implica pasar de la Iglesia que se vive actualmente a una visión ideal que debe realizarse. En este proceso, el encuentro con la figura viva de Jesucristo es central. Cuando la Iglesia reconoce esta presencia, puede asumir su misión con autenticidad, desde su vocación original. Así, la esperanza surge al reconocer que la finalidad de la Iglesia es Cristo mismo, y que su camino tiene un sentido profundo al estar orientado hacia Él. Esta autocomprensión eclesial permite también leer la realidad humana bajo la luz del pro-

¹⁵ Cf. Zammit, *Lucio Gera y la Teología del Pueblo*, 232.

¹⁶ Cf. Lucio Gera, «Comentarios parciales a *Ecclesiam suam*», en Azcuy, Galli, González, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera I*, 223.

yecto salvífico de Dios, estableciendo un diálogo que alimenta la esperanza no solo interna, sino también social y universal.

Más allá del ámbito conciliar, Gera también sitúa esta reflexión en el marco latinoamericano, especialmente en el proceso impulsado por el CELAM. Las Conferencias de Medellín (1968) y Puebla (1979), así como el pensamiento teológico surgido durante la dictadura en Argentina, son considerados por Gera como signos concretos de esperanza para los pueblos del continente. Medellín, en particular, representa una reinterpretación del Concilio en clave latinoamericana, situada en un contexto de injusticia estructural y pobreza generalizada. Este documento marca un giro hacia el compromiso con la liberación de los oprimidos y con una denuncia profética de las estructuras sociales que impiden la dignidad humana.¹⁷

A partir de estas experiencias eclesiales, se consolida en Argentina una teología profundamente encarnada en la vida de los pueblos: la teología del pueblo. Esta corriente se configura como una forma de pensar la fe desde la historia, la cultura y la religiosidad popular, y ofrece una lectura esperanzadora del futuro de América Latina. La iniciativa COEPAL (Comisión Episcopal de Pastoral), inspirada por los impulsos conciliares, promovió una renovación de la Iglesia argentina basada en la participación y la comunión, en contraste con los regímenes autoritarios que anulaban la voz del pueblo. En ese mismo horizonte, el Documento de San Miguel expresó el anhelo por una sociedad más justa y libre, siendo un referente para quienes aspiraban a una transformación estructural desde la fe.

Gera interpreta estos esfuerzos pastorales y teológicos como una respuesta concreta a las condiciones históricas del continente. Pero también como reconocimiento del valor del pueblo como sujeto evangelizador. América Latina, según él, no es simplemente un

17 Cf. Lucio Gera, «Apuntes para una Interpretación de la Iglesia Argentina», en Azcuy, Galli, González, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera I*, 513.

territorio en crisis, sino un «nuevo continente de la esperanza»¹⁸, en el que la fe popular, la historia compartida y el compromiso eclesial ofrecen las bases para una auténtica transformación inspirada en el Evangelio.

Gera reconoce en la religiosidad popular una fuente profunda de esperanza y fortaleza espiritual para los sectores más humildes. Las expresiones de fe del pueblo —procesiones, devociones, ritos comunitarios— constituyen formas concretas de expresar el sufrimiento, la confianza en Dios y el anhelo de una vida más plena. En estas prácticas, Gera identifica una memoria viva de la fe compartida, que conserva una esperanza implícita de redención, sanación y justicia.

Dentro de esta perspectiva, la Eucaristía ocupa un lugar central como sacramento de la esperanza. Gera destaca que esta celebración no se limita al rito litúrgico, sino que transforma la vida cotidiana al integrar pasado, presente y futuro en una única experiencia de sentido: «habiendo acontecido en el pasado, se coronará en el futuro. Lo cotidiano se configura entonces como fantasía anticipante del futuro».¹⁹ La Eucaristía se convierte así en una anticipación simbólica del Reino, una «fantasía activa» que proyecta al creyente hacia la plenitud prometida.²⁰ La celebración transforma el presente en un espacio de memoria y de expectativa fecunda. La participación eucarística permite al creyente apropiarse de su historia personal y colectiva, vinculando la salvación trascendente con el compromiso concreto por un mundo más justo. Para Gera, esta dinámica alimenta la esperanza activa del pueblo y sostiene su caminar hacia una existencia transformada.

Gera reconoce en la figura de la Virgen María un signo escatológico que proyecta a la humanidad hacia su plenitud definitiva.

18 Lucio Gera, «Conmemorar el pasado y preparar el futuro: decir, orar, ser y hacer», *Sedoi* 93/94 (1987): 11.

19 Lucio Gera, «Eucaristía y Vida Cotidiana», en Azcuy, Galli, González, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera I*, 411.

20 Cf. *Ibid.*

María representa la realización anticipada del destino último al que todo ser humano está llamado: «María nos precede de esta manera totalmente singular, al anticipar, ya en el tiempo de nuestra historia humana, el ideal supremo de vida y belleza al que todos los hombres están llamados a participar mediante el misterio de nuestra resurrección».²¹ Esta dimensión mariana se vuelve especialmente significativa en América Latina, donde María ha sido figura central en la evangelización y signo de esperanza para los pueblos sufrientes. Su maternidad espiritual y su cercanía a las necesidades del pueblo hacen de ella un referente de regeneración humana a través de Cristo.

Asimismo, Gera resalta la peregrinación como símbolo esperanzador y manifestación concreta de fe en movimiento. En el caminar colectivo, los creyentes forjan vínculos de solidaridad, fraternidad y comunión. Esta práctica no solo expresa el deseo de acercarse a lo sagrado, sino que también representa el recorrido existencial del ser humano hacia su destino en Dios.²² Aunque marcado por el sufrimiento, el camino se convierte en una anticipación de la alegría prometida.²³ La peregrinación refleja, por tanto, una espiritualidad activa, que supera la resignación ante el dolor y orienta la vida hacia una meta trascendente. En este marco, la esperanza no es una actitud abstracta, sino una fuerza que moviliza y sostiene. El creyente sabe que el exilio terrenal no es el final, sino el trayecto hacia una vida en plenitud. El camino es una señal visible de personas que, en medio de las dificultades, no renuncian a su destino final.

Esta esperanza se alimenta también de imágenes, reliquias y símbolos sagrados que permiten al pueblo percibir el acompañamiento divino. A través de estas expresiones, el creyente se adentra en el misterio salvífico y experimenta una presencia consoladora en

21 Lucio Gera, «María y la Evangelización», en Azcuy, Caamaño, Galli, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera II*, 128.

22 Cf. Lucio Gera, «Dimensión Escatológica y Unión con los Santos en la vida de Teresa de Lisieux», en Azcuy, Caamaño, Galli, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera II*, 583.

23 Cf. Virginia Azcuy, «Una Biografía teológica de Lucio Gera», en Azcuy, Galli, González, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera I*, 44-45.

medio del dolor. Para Gera, estos signos no son supersticiones, sino experiencias vivas de una esperanza que ilumina el presente con la promesa del Reino.

3. La esperanza como identidad cultural y liberación

Para Gera, la esperanza constituye un elemento esencial e inseparable de la identidad cultural, en tanto que ambas están íntimamente ligadas al anhelo de liberación integral. En el contexto latinoamericano, marcado por las heridas históricas de la colonización y las persistentes estructuras de pobreza, la reivindicación de la cultura se presenta como un acto profundamente esperanzador y liberador. Lejos de ser un vestigio superado por la modernidad o el secularismo, la cultura es el espacio donde la acción de Dios se manifiesta de forma concreta y encarnada en el devenir de los pueblos.

Desde esta perspectiva, la cultura es para Gera un signo tangible de esperanza porque constituye el ámbito vital en el que la persona se construye en relación con su comunidad.²⁴ En ella se cultivan los valores que dan forma a la subjetividad y a la vida colectiva, pues dichos valores son el germen de toda expresión cultural y el fundamento desde el cual emerge la identidad del pueblo. La cultura no se limita a albergar los valores internos del ser humano, sino que incluye también las mediaciones simbólicas, sociales y prácticas a través de las cuales estos valores se hacen visibles y operativos en la historia concreta.

En este sentido, la cultura expresa el horizonte último de sentido que anima a un pueblo. Es el lugar teológico en el que se configura la comunión, se custodia el bien común y se posibilita el desarrollo integral de cada persona. El proceso cultural no solo modela la identidad individual y colectiva, sino que también imprime una

24 Cf. Lucio Gera, «Puebla: evangelización de la cultura», en Azcuy, Galli, González, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera I*, 826-836; cf. Lucio Gera, «El documento de Puebla. Visión de conjunto», *Sedoi* 52 (1980): 52-54.

dirección a la historia, elevándola mediante la transmisión y renovación de los valores fundamentales. Así, la cultura se convierte en mediación histórica de la esperanza y en espacio teologal donde la gracia se entreteje con la experiencia concreta de los pueblos a lo largo del tiempo.

La liberación en el ámbito histórico debe ser comprendida como una prefiguración y anticipo concreto de la plenitud escatológica de la salvación. Esta no se limita al más allá, sino que implica necesariamente la transformación de las realidades temporales. Toda acción orientada a la justicia, la equidad y la dignificación de la vida humana constituye una expresión activa de esperanza en la posibilidad de una sociedad renovada y en la salvación integral del ser humano.

Para Gera, el camino de la fe no puede desvincularse de la historia; al contrario, la experiencia creyente reconoce en la historia el espacio donde se despliega el misterio de la salvación. Por ello, afirma que la fe cristiana no solo remite a verdades trascendentes, sino que «incorpora a su contenido de fe la afirmación de la historia como lugar salvífico».²⁵

En esta perspectiva, la liberación se convierte en un signo privilegiado de esperanza, al articular el dinamismo secular con la promesa de salvación definitiva. El seguimiento de Cristo implica, por tanto, un compromiso efectivo con las situaciones concretas de dolor, exclusión y marginación que afectan a las personas. Esta articulación profunda entre fe, cultura y liberación se manifiesta de manera paradigmática en el concepto de evangelización de la cultura.

La evangelización auténtica no se limita a la transmisión de contenidos doctrinales, sino que consiste en una encarnación transformadora del Evangelio en las estructuras culturales, de modo que estas sean asumidas, purificadas y orientadas hacia la pleni-

²⁵ Lucio Gera, «La Iglesia frente a la situación de Dependencia», en Azcuy, Galli, González, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera I*, 695.

tud del Reino.²⁶ La misión de la Iglesia, entonces, se expresa como una praxis liberadora que impulsa la transformación integral de las personas y de los pueblos, orientada siempre por la defensa de la dignidad humana y la superación de toda forma de dependencia o dominación. En este horizonte, la esperanza se constituye como una fuerza activa que sostiene la liberación y permite vislumbrar un futuro reconciliado, donde la gracia y la historia se entrelazan en el proceso de salvación que Dios ofrece a la humanidad entera.

En la teología de Lucio Gera, la cultura se presenta como un ámbito esencial para la realización integral tanto de la persona como del pueblo. Al abarcar la totalidad de la experiencia humana, la cultura no solo contribuye a una vida digna en el plano social, sino que también constituye un lugar privilegiado para la acción evangelizadora de la Iglesia. Como espacio de sentido y formación, invertir en su desarrollo representa una apuesta por el futuro, al abrir caminos para el crecimiento, la transformación y la maduración colectiva.

Desde la perspectiva de la teología del pueblo, Gera sostiene que la evangelización de la cultura es la vía más fecunda para inculturar el Evangelio. No se trata de imponer desde fuera, sino de asumir las expresiones culturales como portadoras de sentido, transformándolas desde dentro mediante la fuerza liberadora del mensaje cristiano. Esta tarea consiste en impregnar la historia concreta con los valores del Reino, proyectando a los pueblos hacia su plenitud escatológica.

La evangelización, en este marco, está profundamente enraizada en los contextos históricos y sociales. Busca la redención integral de las personas y de sus culturas, promoviendo una renovación continua a la luz del Evangelio. Su finalidad es que el pueblo se reconozca como sujeto activo de la misión, capaz de anunciar con autoridad aquello que ha experimentado. Así, la comunidad se con-

26 Cf. Zammit, *Lucio Gera y la Teología del Pueblo*, 251.

vierte en agente de liberación y constructora del bien común frente a toda forma de opresión.

4. Esperanza teológica y fe: apertura escatológica al futuro

Aunque firmemente enraizada en el presente, la esperanza en la teología de Gera se proyecta hacia el futuro como apertura confiada a las promesas divinas. Se trata de una esperanza escatológica, orientada hacia la plenitud del Reino, pero nunca desligada del devenir histórico. Esperar, en esta clave, es reconocer la presencia activa de Dios en la historia y confiar en que su obra, iniciada en Cristo, se encamina hacia su consumación definitiva.

La esperanza, como virtud teologal, constituye la actitud fundamental de la Iglesia en el tiempo presente. Gera la define como una «tensión hacia el futuro»²⁷, que nace de la ausencia aún no colmada de Dios en la intimidad humana. Es una presencia anticipada pero no total, que mantiene al creyente en el dinamismo del deseo. Este deseo, vivido en el tiempo, genera vínculos de amor y solidaridad tanto con Dios como con los demás. En este intervalo, las relaciones humanas son imperfectas y marcadas por la necesidad de reconciliación. Es el tiempo de ser transformados por el Evangelio. Por ello, la esperanza se vincula estrechamente con la misión: es impulso para anunciar el Reino, renovar las estructuras del mundo y dar testimonio de la salvación que ya se inicia en la historia.²⁸

En la visión teológica de Gera, la esperanza última del ser humano se fundamenta plenamente en Dios, quien asegura tanto su origen como su destino definitivo: «esa garantía en el pasado es garantía para el futuro. Que Dios, en efecto, por su sabiduría, amor y poder, proyecte y realice un sentido para el hombre que crea, significa que le asigna al mismo hombre un futuro, es decir, un destino

²⁷ Lucio Gera, «Reflexiones teológicas sobre la Iglesia», en Azcuy, Galli, González, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera I*, 376.

²⁸ Cf. *Ibid.*, 391.

final».²⁹ Gera contempla esta esperanza en el marco del misterio de Dios y de la persona, situando tanto al ser humano como a la Iglesia dentro de esa mirada contemplativa. El fin último de la persona es la santidad, es decir, la comunión plena con Dios. La Iglesia, en cuanto comunidad fundada en esta relación, participa del mismo misterio y vocación.³⁰

La constitución misma de la Iglesia se fundamenta en la presencia activa de Dios en el ser humano. Es en la comunidad de creyentes —la Iglesia entendida como comunión de personas— donde se manifiesta y se acoge el misterio de Dios. La Iglesia no es simplemente una institución humana, sino una realidad trascendente, nacida de la relación viva y participativa con Dios. Solo en virtud de esta comunión puede hablarse auténticamente de misterio eclesial, pues la Iglesia existe en cuanto participa del misterio divino. En el corazón de este diálogo entre Dios y su pueblo eclesial se encuentran las virtudes teologales: la fe, la esperanza y el amor. Para Gera, estas no solo orientan la vida cristiana presente, sino que iluminan y estructuran el destino último del ser humano en Dios. Señala que,

«Por la fe, a esperanza y el amor a Dios, el hombre se apropia ya su propio destino. Por la fe lo interpreta y se remite a la Sabiduría que lo proyectó. Por la esperanza se remite al Poder que lo fundó. Por el amor, resigna incondicionalmente todo lo que es, entregándolo al Amor que lo inició».³¹

Esta afirmación alude simultáneamente al porvenir del ser humano y a los gestos fundantes mediante los cuales se edifica la Iglesia. En la comunión entre Cristo y la Iglesia, la fe, la esperanza y el amor alcanzan su máxima expresión, ofreciendo así una respuesta definitiva al anhelo de sentido que habita en el corazón humano, cuyo destino se esclarece plenamente en Jesús y su comunidad eclesial.³² La realización anticipada de esa plenitud escatológica se hace presente en la historia cuando el ser humano acoge la iniciativa

29 *Ibid.*, 350.

30 *Ibid.*, 353.

31 *Ibid.*, 354.

32 *Ibid.*

divina y permite que Dios habite en él. Para Gera, estos tres dinámicos — fe, esperanza y caridad — constituyen el núcleo interpretativo de este proceso. Comprender la naturaleza eclesial desde esta perspectiva representa una visión profundamente eclesiológica y fiel al espíritu del Concilio, especialmente en *Lumen gentium* 8.

En el seno de la Iglesia, el individuo descubre la oportunidad de una transformación profunda. ¿Por qué? Porque al vivir la fe, la esperanza y la caridad dentro de la comunidad eclesial, se desencadena un proceso de conversión auténtico. De este modo, la persona «se convierte a Dios y así comienza su vivencia religiosa y creyente, comienza a vivirlo a Él».³³ Para Gera, la conversión tiene una dimensión dual: permite al sujeto reconocer la naturaleza transitoria del mundo, a la vez que su experiencia interior lo inserta en la realidad temporal.³⁴ A medida que se profundiza en la relación con Dios durante este camino, se abre una reinterpretación del mundo y de sus circunstancias. Este proceso constituye un signo de esperanza ante las dificultades terrenales, ya que a través de él es posible vivir de una manera renovada. La vida en comunión con Dios ofrece una perspectiva renovada sobre la condición humana y la existencia global: el ser humano es valorado más allá de sus limitaciones, siendo contemplado en su esencia profunda. Esta nueva visión, iluminada por el misterio divino, es un signo esperanzador que sostiene la dignidad humana en el mundo. La promoción integral del ser humano surge precisamente desde esta renovada comprensión de la vida terrenal. Finalmente, la santidad en Cristo, fruto de una vida guiada por las virtudes teologales, representa la culminación de esta renovación en la vida eterna.

En la teología de Gera, la historia constituye un tema fundamental que se entiende desde una perspectiva escatológica vinculada a la experiencia de la fe. Toda la historia está llamada a alcanzar su consumación definitiva en el futuro. Este punto culminante de

³³ *Ibid.*, 362.

³⁴ Cf. *Ibid.*, 363.

la historia humana ocurrirá en un momento futuro, pero su perfección comienza ya a gestarse en el desarrollo histórico del mundo. La historia no es simplemente un tránsito hacia un fin lejano, sino un proceso en el que se despliega la acción divina y humana en unidad. Cada manifestación de amor y cada acto orientado a la promoción integral del ser humano representan señales concretas de este avance hacia la plenitud. De este modo, los gestos cotidianos de solidaridad y justicia se inscriben en una dinámica escatológica que anticipa la realización definitiva del plan divino. La historia, entonces, es comprendida como un espacio de esperanza y realización progresiva donde la fe reconoce los signos de la perfección venidera, haciendo presente ya en el tiempo aquello que será consumado en la eternidad:

«Cristo, activamente presente en nuestra historia, anticipa su gesto escatológico no sólo en el anhelo impaciente del hombre por su total redención, sino también en aquellas conquistas que, como signos pronosticadores, va logrando el hombre a través de una actividad realizada en el amor».³⁵

Gera, citando el Documento de Medellín, destaca el profundo valor redentor de estos gestos concretos dentro de la historia humana. Desde esta perspectiva, la esperanza cristiana no se limita a una expectativa futura, sino que implica reconocer desde el presente la acción santificadora de Dios en las experiencias humanas. La gracia divina, entendida como un anticipo esperanzador de la vida eterna, se manifiesta de formas variadas en el devenir histórico, en aquellos momentos que apuntan hacia una plenitud aún por alcanzar.³⁶ La fe se convierte entonces en la clave que permite interpretar el curso de la historia desde una visión escatológica orientada al Reino.

Ser profeta, en este marco, significa leer el presente a la luz del futuro prometido por Dios. La sociedad necesita voces profé-

35 CELAM, Documento de Medellín, 1968, Introducción, 5, https://www.celam.org/documentos/Documento_Conclusivo_Medellin.pdf [consultado 9 junio 2025].

36 Cf. Lucio Gera, «Reflexión», en Azcuy, Galli, González, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera I*, 588.

ticas que, actuando como signos de esperanza, hagan visible la dimensión trascendente de la historia.³⁷ El papel del profeta es crucial porque no solo analiza la realidad, sino que contribuye activamente a transformarla: «interpretar significa hacer, producir el acontecimiento, comenzar a realizar un nuevo sentido».³⁸ Esperar, desde esta visión, no es pasividad, sino una praxis transformadora que da inicio ya en el presente al mundo que se espera.

Esta forma de asumir la historia genera constantemente nuevas oportunidades, alentando los procesos de crecimiento y dignificación de los pueblos. Frente a las estructuras de injusticia, la función profética se expresa como discernimiento crítico que moviliza hacia la liberación. Por eso, la Iglesia es fiel a su vocación profética cuando une estrechamente el deseo de cumplir la voluntad divina con la solidaridad concreta hacia las personas.³⁹ La originalidad del pensamiento teológico de Gera se refleja precisamente en su capacidad de integrar una espiritualidad profunda con un compromiso pastoral activo.

La esperanza adquiere sentido en la medida en que se confía en la fidelidad de Dios y en su acción providente a lo largo de la historia.⁴⁰ Cuando el creyente, iluminado por la fe, percibe la presencia de Dios en los acontecimientos de su vida y en la historia de la salvación, comprende que su camino ha sido conducido hacia una realización plena. La historia, así entendida, no es una secuencia caótica de hechos, sino un proceso orientado por la presencia activa de Dios, también a través del compromiso responsable de los discípulos en el mundo.⁴¹

Participar activamente en la transformación del mundo se convierte, entonces, en un signo concreto de esperanza. Para Gera, este compromiso es ya expresión anticipada de la salvación pro-

37 Cf. *Ibid.*, 589.

38 *Ibid.*, 590.

39 Cf. Zammit, *Lucio Gera y la Teología del Pueblo*, 56.

40 Cf. Lucio Gera, «La Providencia como categoría necesaria para la comprensión del binomio Fe-Historia», en Azcuy, Caamaño, Galli, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera II*, 202.

41 Cf. *Ibid.*, 203.

metida. La fe y la esperanza permiten que la acción humana no se agote en sus límites, sino que se abra a la intervención salvadora de Dios, que obra en y a través del actuar humano inspirado por la caridad evangélica.⁴²

5. La esperanza hecha carne: Cristología y compromiso histórico

En esta última parte, realizamos un breve análisis de dos artículos dedicados específicamente al tema de la esperanza. Previamente, abordamos diversos aspectos relacionados con la esperanza a lo largo de toda su obra publicada. Concluimos, entonces, con el estudio de estos dos escritos que tratan de manera directa esta dimensión fundamental.

En el contexto de su reflexión sobre la renovación eclesial en perspectiva del tercer milenio, Gera desarrolla una teología de la esperanza que articula dinámicamente el pasado, el presente y el futuro. Para él, volver la mirada al pasado no es un ejercicio meramente conmemorativo, sino un acto celebrativo que actualiza y mantiene viva la memoria. Mediante la celebración, los acontecimientos pasados adquieren una presencia renovada que evita su olvido y les otorga vigencia en el presente.⁴³

En su escrito «*Memoria y Esperanza: el Camino de la Renovación*», Gera propone que la función de la memoria no se agota en preservar el pasado, sino que, al actualizarlo, lo proyecta hacia el porvenir. Es decir, la rememoración del pasado tiene sentido cuando se convierte en motor de transformación esperanzada hacia el futuro. Así, el presente se convierte en el espacio donde la memoria se renueva y se orienta con fe hacia un futuro mejor.⁴⁴

42 Cf. *Ibid.*, 205.

43 Cf. Lucio Gera, «Introducción», en Azcuy, Caamaño, Galli, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera II*, 611.

44 Cf. Zammit, *Lucio Gera y la Teología del Pueblo*, 178.

La reflexión sobre la memoria se articula en torno a dos núcleos fundamentales: el examen de conciencia y la conversión. Gera subraya que tanto la identidad personal como la identidad eclesial se configuran en relación con la conciencia. Por ello, es imprescindible volver a esta dimensión profunda para redescubrir la autenticidad y fidelidad a los orígenes. En ese retorno a la fuente fundacional de la Iglesia — Cristo mismo — se encuentra el criterio para discernir la fidelidad o desviación del presente con respecto al modelo original. De esta manera, «se puede medir hasta donde la Iglesia hoy se ajusta a ese ideal. La Iglesia siempre debe medirse desde la Iglesia de Cristo».⁴⁵

Mediante esta introspección crítica, se reconocen los errores y fallos cometidos a lo largo del camino histórico de la Iglesia. En otro texto, Gera señala que este proceso implica «recoger las fuerzas del origen como una raíz pentecostal»,⁴⁶ es decir, revitalizar el presente desde el dinamismo original del Espíritu. Este camino de reconocimiento conduce necesariamente a la conversión, entendida no como lamento estéril, sino como un proceso gozoso impulsado por la búsqueda sincera de la verdad.⁴⁷ La finalidad de esta búsqueda es el encuentro con Cristo, quien es la Verdad misma. De este modo, la renovación eclesial, alimentada por la memoria activa y la esperanza escatológica, se transforma en un camino de alegría y transformación profunda.

Luego de profundizar en la memoria histórica, Gera orienta su mirada hacia el porvenir, destacando que la esperanza cristiana surge precisamente de la tensión entre pasado y futuro. Lo que une estos dos tiempos es un proceso espiritual y comunitario de renovación que nace del discernimiento interior y se concreta en la conversión. Esta renovación, para Gera, no es meramente estructu-

45 Lucio Gera, «Memoria y Esperanza: el Camino de la Renovación», en Azcuy, Caamaño, Galli, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera II*, 621.

46 Lucio Gera, «Conmemorar el pasado y preparar el futuro: decir, orar, ser y hacer», *Sedoi* 93/94 (1987): 8.

47 Cf. Gera, «Memoria y Esperanza», 624-625.

ral, sino que implica una transformación integral que alcanza tanto las formas institucionales de la Iglesia —que deben volverse más participativas— como la dimensión más profunda del ser humano: el amor.⁴⁸

El amor, en su comprensión teológica, es el principio hermenéutico que da sentido auténtico a toda acción eclesial. Es desde el amor que se interpreta el camino pastoral, se fundamenta la promoción de la dignidad humana y se orienta la misión evangelizadora. El amor abre al otro y, por tanto, posibilita el verdadero diálogo. Así, escuchar la propia conciencia y renovarse desde el amor permite un diálogo genuino, no como formalidad superficial, sino como encuentro transformador.

Gera retoma las palabras del Cardenal Pironio pronunciadas en su homilía de exequias e interpreta el concepto de renovación a la luz del amor y de la entrega, orientándolo hacia la esperanza: «la vida recibida y entregada se ha vuelto vida esperada...Escribe él [Pironio]: a la vida “la amo, la ofrezco, la espero”. Podemos comentar brevemente estas tres palabras: la amo, porque es hermosa; la ofrezco, porque la entrega es lo que le da sentido y cumplimiento; la espero, porque no se me quita, sino que se me renueva».⁴⁹ Esta lógica del amor vivido como esperanza encarnada impulsa una transformación personal que es, en sí misma, un signo de renovación eclesial.

La esperanza, entonces, se manifiesta en una actitud de apertura misionera, una «salida». hacia el encuentro con los demás, particularmente con quienes sufren.⁵⁰ La solidaridad con la humanidad herida se convierte en el punto de partida para un diálogo profundo, un diálogo que busca la verdad, promueve la paz y construye unidad.⁵¹ Para Gera, este diálogo es un «intercambio de dones»⁵²

48 Cf. *Ibid.*, 631.

49 Lucio Gera, «Homilía en la misa de Exequias por el Cardenal Eduardo Pironio», en Azcuy, Caamaño, Galli, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera II*, 697.

50 Cf. Gera, «Memoria y Esperanza», 634.

51 Cf. *Ibid.*, 636.

52 *Ibid.*, 637.

y posee una fuerza renovadora tanto para la Iglesia como para el mundo. Así, el diálogo se convierte en un signo concreto de esperanza: en él se revela la misión de la Iglesia de promover la dignidad humana, defender los derechos fundamentales y abrir espacios para una sociedad más justa y con mayor sentido espiritual.⁵³

Lucio Gera reconoce en el Cardenal Eduardo Pironio una figura central en su pensamiento teológico, especialmente en lo que respecta a la virtud cristiana de la esperanza. Al iniciar el tercer milenio, Gera le dedica un profundo análisis en el artículo titulado «*El Cardenal Eduardo Pironio, testigo de la esperanza en las puertas del tercer milenio*». En él, lo presenta como un auténtico testigo de la esperanza, ya que tenía «una firme confianza en el futuro».⁵⁴ Para Pironio, vivir como cristiano implica hacerlo desde una postura de esperanza activa, pues esta constituye «el modo de ser cristianos».⁵⁵

Gera destaca cómo Pironio no aborda la esperanza desde una visión meramente conceptual o idealista, sino desde la experiencia concreta de tiempos marcados por crisis y sufrimiento. En los ejercicios espirituales que Pironio predicó a la Curia Romana en 1974, ancló la esperanza en la realidad histórica, iluminando los desafíos sociales con la luz del Evangelio.

Gera identifica dos desviaciones posibles respecto a la esperanza: una se manifiesta al reducirla a lo meramente terreno, desconectándola de su dimensión trascendente; la otra consiste en evitar el compromiso con la historia, rehuyendo la responsabilidad ante el presente y el futuro.⁵⁶

Lucio Gera, al dialogar con el pensamiento de Pironio, destaca que la esperanza cristiana integra tanto la promoción humana como la evangelización. La fe, vivida desde la historia concreta, im-

53 Cf. *Ibid.*, 639.

54 Lucio Gera, «El Cardenal Eduardo Pironio testigo de la Esperanza en las Puertas del Tercer Milenio», en Azcuy, Caamaño, Galli, *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera II*, 846.

55 Pironio en Gera, «El Cardenal Eduardo Pironio testigo de la Esperanza en las Puertas del Tercer Milenio», 846.

56 Cf. *Ibid.*, 848-849.

pulsa a la Iglesia a comprometerse con los pobres no como evasión, sino como camino hacia el misterio salvífico de la persona. La esperanza es, a la vez, trascendente y presente en la historia. Para evitar reduccionismos sobre la esperanza, Gera retoma la propuesta de Pironio de una «salvación integral» y una «liberación plena», donde la esperanza escatológica orienta y sostiene la acción de la Iglesia en el mundo.⁵⁷

La esperanza cristiana encuentra su fundamento último en Dios y se comprende plenamente solo desde una relación profunda con Él. En la reflexión de Lucio Gera, influida por la espiritualidad de Eduardo Pironio, la esperanza se articula inseparablemente con el misterio pascual de Cristo, particularmente con la cruz como expresión suprema del sufrimiento redentor.⁵⁸ Para Pironio, esta relación entre la cruz, el dolor humano y la esperanza no era abstracta, sino una experiencia vital profundamente interiorizada a lo largo de su propia vida, marcada por múltiples pruebas personales.

La cruz de Cristo, que precede a su glorificación, revela que el sufrimiento puede convertirse en lugar fecundo de esperanza. En el contexto del misterio pascual, el dolor no se niega ni se elimina, sino que se transforma: es el camino hacia la gloria. En esta lógica, Gera subraya que «la esperanza que nace de la cruz, no elimina la cruz y el dolor, pero anticipa en el mismo momento del padecimiento, el gozo de lo esperado».⁵⁹ La cruz se presenta así como el umbral que permite vislumbrar, incluso en medio del padecimiento, la plenitud futura.

Para Pironio, la esperanza escatológica no está separada de la experiencia humana del dolor, sino que surge precisamente en él. La cruz, aunque sea contraria a la vida, se vuelve necesaria en el camino hacia la resurrección. En este sentido, vivir la fe en Cristo crucificado permite a los creyentes enfrentar el sufrimiento desde

57 Cf. *Ibid.*, 851.

58 Cf. *Ibid.*, 853.

59 *Ibid.*, 855.

una perspectiva transformadora. Participar en el misterio de la cruz es, por tanto, participar también en la esperanza que brota de ella, una esperanza activa que anticipa la vida nueva. De este modo, la cruz y la esperanza se entrelazan como dimensiones inseparables de la existencia cristiana y del camino hacia la plenitud en Dios.⁶⁰

La esperanza revela su profundidad en tiempos de adversidad, como lo señala Pironio y retoma Gera. Cuando la vida se torna cómoda, quizá no se percibe la esperanza como necesaria. En cambio, cuando se vuelve difícil y el futuro incierto, la esperanza se vuelve esencial y se hace necesario:

«implorar del Espíritu, surgido del costado abierto de Cristo, en la cruz pascual, que nos otorgue la fuerza interior para poder invertir la lógica del tiempo difícil, humanamente intransitable, en una lógica del Espíritu, que nos permita, en el trance de la cruz y brotando de ésta, pegar el salto hacia la esperanza».⁶¹

La cruz manifiesta tanto el sufrimiento como el amor; es precisamente este amor pascual el que hace posible la esperanza en la vida.

6. Conclusión

En definitiva, Gera entiende la virtud de la esperanza como una fuerza dinámica y práctica que brota de la experiencia de fe vivida en comunidad, especialmente entre los pobres. Se manifiesta en la piedad popular, la identidad cultural y la lucha por la justicia, ofreciendo una visión de futuro modelada no solo por la promesa divina, sino también por la participación humana en la obra liberadora de Dios.

Según Gera, la esperanza en la vida eterna no se separa de las realidades del pueblo. Es ahora, en medio del sufrimiento, cuando

60 Cf. *Ibid.*, 856.

61 *Ibid.*

la esperanza es más urgente. El futuro se empieza construyendo en el presente y enfrentando las circunstancias actuales.

Asimismo, aunque afirma que la esperanza es un don de Dios, Gera insiste en que también es una responsabilidad humana. Se vive como tarea mediante la actividad cultural y la búsqueda de liberación de los más vulnerables.

Igualmente, la familia y la comunidad, también la eclesial, son espacios donde la esperanza se hace concreta. Las personas significativas ayudan a cada uno a comprenderla y vivirla. La comunidad como lugar de encuentro sostiene la vida y la esperanza.

Finalmente, es la experiencia del amor la que da esperanza: saberse acompañado, querido y valioso en el camino histórico. Cuando el pueblo toma en sus manos su vida y su futuro, puede esperar una vida mejor y una salvación integral.

Bibliografía

Azcuy, V.R., Caamaño, J.C., Galli, C.M., ed. *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera II. De la Conferencia de Puebla a nuestros días* (1982 2007). Buenos Aires: Ágape, 2007.

Azcuy, V.R., Galli, C.M., González, M., ed. *Escritos Teológico-Pastorales de Lucio Gera I. Del Pre concilio a la Conferencia de Puebla* (1956-1981). Buenos Aires: Ágape, 2006.

CELAM, Documento de Medellín, 1968,

https://www.celam.org/documentos/Documento_Conclusivo_Medellin.pdf [consultado 9 junio 2025].

Gera, Lucio. «Conmemorar el pasado y preparar el futuro: decir, orar, ser y hacer», *Sedoi* 93/94 (1987): 5-54.

«El documento de Puebla. Visión de conjunto», *Sedoi* 52 (1980): 1-68.

«San Miguel: una promesa escondida». Reportaje por Oscar Campana, *Voces* 17 (1990): 6-20.

Zammit, Mark Joseph. *Lucio Gera y la Teología del Pueblo. En las Raíces del Papa Francisco*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 2023.